

Robert L. Heilbroner

# Los filósofos terrenales

Vida, tiempo e ideas de los grandes  
pensadores de la economía



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *The Worldly Philosophers. The Lives, Times,  
and Ideas of the Great Economic Thinkers*  
Traducción de Marco Aurelio Galmarini

Primera edición: 2015  
Quinta reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 1953, 1961, 1967, 1972, 1980, 1992, 1999 by Robert L. Heilbroner  
Copyright renewed © 1981, 1989, 1995 by Robert L. Heilbroner. All rights reserved  
© de la traducción: Marco Aurelio Galmarini Rodríguez, 2015  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015, 2024  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-033-0  
Depósito legal: M. 8.410-2015  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,  
envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

11	Prefacio a la séptima edición
17	1. Introducción
25	2. La revolución económica
62	3. El mundo maravilloso de Adam Smith
111	4. Los sombríos presentimientos del reverendo Malthus y de David Ricardo
157	5. Los sueños de los socialistas utópicos
203	6. El inexorable sistema de Karl Marx
252	7. El mundo victoriano y la economía alternativa
314	8. La sociedad salvaje de Thorstein Veblen
366	9. Las herejías de John Maynard Keynes
425	10. Las contradicciones de Joseph Schumpeter
459	11. ¿El fin de la filosofía terrenal?
475	Notas
489	Orientación para lecturas complementarias
499	Índice analítico



*A mis maestros*



## Prefacio a la séptima edición

Esta edición es la séptima revisión de un libro que escribí hace unos cuarenta y seis años, de modo que hoy *Los filósofos terrenales* tiene muchos años más de los que yo contaba en el momento de escribirlo. La vigencia completamente impredecible de esta empresa, que acometí cuando todavía era un estudiante de posgrado, sirve de pretexto para contar brevemente su historia antes de dedicar unas palabras a importantes cambios que he introducido en esta edición, que espero sea la última.

Mientras cursaba mis estudios de posgrado, a comienzos de los años cincuenta del siglo pasado, me ganaba la vida como escritor independiente, y en esa condición, cuando se presentaba la necesidad o la ocasión, incursionaba muy lejos del terreno de la economía. Como consecuencia de alguna de esas incursiones, Joseph Barnes, editor principal de Simon & Schuster, me invitó a almor-

zar con el fin de sondear varias ideas para un libro. Ninguna de ellas parecía lo bastante adecuada, y cuando llegó la ensalada, ya me había dado cuenta de que mi primera comida con un editor no llegaría a concretarse en un contrato. Sin embargo, Barnes no era hombre de desalentarse fácilmente, así que comenzó a preguntarme por mis estudios de posgrado en la New School for Social Research, y de pronto me sorprendí hablando con entusiasmo de un seminario particularmente interesante sobre Adam Smith al que asistía y que dictaba Adolph Lowe, de quien el lector tendrá más noticias en este libro. Antes del postre, ambos sabíamos que yo había encontrado mi tema. Al término de la clase siguiente del seminario me apresuré a comunicar al profesor Lowe mi decisión de escribir una historia de la evolución del pensamiento económico.

Lowe, ejemplo por excelencia de erudición alemana, quedó espantado. «¡Usted no puede hacer eso!», declaró con contundencia magistral. Pero yo tenía la plena convicción de que sí podía hacerlo, convicción que nacía, tal como he explicado en otro lugar, de una combinación de confianza e ignorancia que sólo puede darse en un estudiante de posgrado. Entre encargos de escritos independientes y la prosecución de mis estudios, redacté los tres primeros capítulos y, no sin temor, se los mostré al profesor Lowe. De la notable estatura moral de este hombre (quien hasta que murió, a los ciento dos años, fue mi crítico más cordial y a la vez el más severo), da una idea el hecho de que, tras leer las páginas que le había entregado, dijo: «¡*Debe* hacerlo!». Y con su ayuda lo hice.



Ya escrito el libro, había que encontrarle un título. Yo era consciente de que el término «economía» no era comercial, y me estrujaba los sesos en busca de otro que lo sustituyera. Entonces tuvo lugar un segundo almuerzo decisivo con Frederick Lewis Allen, jefe de redacción de la revista *Harper's*, para quien yo había escrito varios artículos y que me había dado muestras de extraordinaria amabilidad y espíritu de colaboración. Le hablé de mis dificultades respecto del título y le dije que estaba pensando en *Los filósofos del dinero*, aunque sabía que «dinero» no era el término más adecuado. «Usted quiere decir “terrenales”», dijo, a lo que respondí: «Pago el almuerzo».

A mis editores no les gustaba el título tanto como a mí, y cuando, para sorpresa de todos, empezaba a resultar claro que el libro se vendía bien, sugirieron retitularlo *Los grandes economistas*. Afortunadamente, eso quedó en nada. Tal vez pensaran que el público no sería capaz de entender bien lo de «terrenales» (*worldly*), que en un millar de artículos de estudiantes había aparecido mal escrito, como *wordly*, o quizá preveían dificultades tales como una sobre la cual oí hablar muchos años después. Se trataba de un estudiante que había solicitado en la librería de su universidad un libro de cuyo autor no recordaba el nombre, pero que, por lo que sí podía recordar, llevaba el extraño título de *A World Full of Lobsters* ('Un mundo lleno de langostas').

Con el paso de los años se vendieron más ejemplares de *Los filósofos terrenales* de lo que yo hubiera podido imaginar, y según se me ha informado, el libro atrajo a

cursos de economía a decenas de miles de víctimas desprevénidas. No puedo hacerme responsable de los inconvenientes que por este motivo hayan podido padecer esas personas; por otro lado, he tenido el placer de enterarme de que el interés por la economía de un buen número de economistas surgió por la visión que el libro ofrece de esta disciplina.

La presente edición se diferencia de las anteriores en dos aspectos. El primero es que, como anteriormente, una lectura renovada de sus páginas me ha permitido rectificar los errores que inevitablemente se deslizan en los manuscritos o que la investigación posterior pone de manifiesto. También ha sido una oportunidad para introducir en el énfasis y las interpretaciones unos cambios que reflejan la evolución de mis puntos de vista. Estas modificaciones son pequeñas, sólo perceptibles quizá para los estudiosos de la materia y no lo suficientemente significativas como para justificar la edición de un libro nuevo.

El segundo cambio es más importante. Durante un tiempo pensé si a mi libro no le faltaba un hilo conductor importante, un hilo que diera a los diferentes capítulos una coherencia mucho mayor que la mera cronología de hombres notables con ideas interesantes. Luego, hace unos años, llegué a la convicción de que ese hilo existía precisamente en los conceptos cambiantes –las «visiones»– que subyacen a todo análisis social. Esa idea fue abordada en la década de 1950 por Josef Schumpeter, uno de los filósofos terrenales más imaginativos. En la medida en que ni siquiera el propio Schumpeter aplicó su visión a la historia del pensamiento económico, espe-

ro que se me perdone el haber prescindido de ella durante tantos años.

No es mi intención analizar detalladamente en este prefacio esa nueva perspectiva del desarrollo de la filosofía terrenal, pues eso sería como contar el desenlace de una novela de suspense antes de que la acción haya siquiera comenzado. De aquí que, aunque a lo largo de nuestra exposición se mencionará muchas veces el papel de la visión social, sólo al llegar al último capítulo nos detendremos a considerar su relevancia para nuestra época.

Esto nos lleva a una última observación. Un lector que haya echado una mirada al sumario puede haber notado que el capítulo de conclusión tiene el extraño título de «¿Fin de la filosofía terrenal?». El signo de interrogación deja claro que no se trata de una declaración sobre un destino inexorable, sino que implica un cambio en la naturaleza de nuestro tema. En cuanto a cuál pueda ser ese cambio, habrá que esperar hasta el final propiamente dicho del libro, no para incordiar al lector, sino porque solamente al final –lo que equivale a decir hoy– ese cambio desafía la naturaleza y el significado del pensamiento económico.

Pero todo esto queda aún por demostrar. Permítaseme concluir esta presentación tan personal con el agradecimiento a mis lectores, en especial a los estudiantes y a los profesores auxiliares, que han sido lo suficientemente atentos como para enviarme notas con correcciones, desacuerdos o aprobación, todo ello igualmente bien recibido, y con la expresión de mi esperanza de que *Los filósofos terrenales* continúe abriendo la pers-

pectiva de la economía no sólo a los lectores que vayan a convertirse en pescadores de langostas o en editores, sino también a los espíritus valientes que decidan hacerse economistas.

Robert L. Heilbroner  
Nueva York, N. Y.  
Julio de 1998

# 1. Introducción

Este libro trata de un puñado de hombres con un extraño derecho a la fama. Según los criterios de todos los manuales escolares de historia, se trata de hombres insignificantes: no encabezaron ejércitos, no enviaron a nadie a la muerte, no gobernaron imperios, tuvieron escasa participación en la toma de decisiones de importancia histórica. Algunos de ellos se hicieron famosos, pero ninguno fue nunca un héroe nacional, y unos pocos fueron sin duda maltratados, si bien ninguno se convirtió en un auténtico villano nacional. Sin embargo, lo que hicieron fue más decisivo para la historia que muchas acciones de hombres de Estado que disfrutaban de mayor gloria, a menudo su obra fue más profundamente perturbadora que el ir y venir de los ejércitos a través de las fronteras, y más poderosa –para bien y para mal– que los edictos reales y las leyes parlamentarias, pues consistió en modelar la mente de los hombres e influir en ella.

Y puesto que quien capta la mente de un hombre ejerce mayor poder incluso que la espada o el trono, estos hombres modelaron el mundo e influyeron en él. Pocos de ellos se implicaron alguna vez en la acción; en lo fundamental trabajaron como expertos silenciosa y discretamente, sin preocuparse demasiado por lo que el mundo dijera de ellos, pero dejaron una secuela de imperios destruidos y continentes desintegrados, apuntalaron y socavaron regímenes políticos, pusieron una clase social frente a otra e incluso una nación contra otra, no porque tramaran malignas intrigas, sino a causa del extraordinario poder de sus ideas.

¿Quiénes fueron estos hombres? Los conocemos como los Grandes Economistas, pero lo curioso es lo poco que sabemos de ellos. Se podría pensar que en un mundo desgarrado por problemas económicos, un mundo constantemente preocupado por cuestiones económicas y que ni por un instante deja de hablar de problemas económicos, los grandes economistas deberían resultarnos tan conocidos como los grandes filósofos o los grandes estadistas. En cambio, no son más que difuminadas figuras del pasado; en lo que respecta a las cuestiones sobre las que con tanta pasión discutieron, son hoy objeto de una especie de reverencia distante. No hay duda, se dice, de que la economía es importante, pero es árida y difícil, de modo que más vale dejarla para quienes se quedan en casa dedicados a los abstrusos dominios del pensamiento.

Nada podría estar más lejos de la verdad que esta idea. Un hombre que piensa que la economía es sólo una cuestión para profesores olvida que es ella la que envió a los

hombres a las barricadas. Un hombre que tras introducirse en un manual de economía llega a la conclusión de que la economía es aburrida se asemeja a un hombre que tras haber leído un manual básico de logística decide que el estudio de la guerra ha de ser una pesadez.

No, los grandes economistas persiguieron una investigación tan apasionante –y tan peligrosa– como la más apasionante y peligrosa que el mundo haya conocido jamás. Las ideas de las que se ocuparon, a diferencia de las de los grandes filósofos, apenas se distinguen de nuestra cotidiana vida laboral; los experimentos que propusieron, a diferencia de los que proponen los científicos, son imposibles de hacer en el aislamiento de un laboratorio. Las ideas de los grandes economistas conmovieron al mundo, y sus errores fueron una auténtica calamidad.

... Las ideas de los economistas y de los filósofos políticos –escribió lord Keynes, él mismo un gran economista–, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. En realidad, el mundo está gobernado por poco más que esto. Los hombres prácticos, que se creen por completo exentos de cualquier influencia intelectual, son generalmente esclavos de algún economista difunto. Los maniáticos de la autoridad, que oyen voces en el aire, destilan su frenesí inspirados en algún mal escritor académico de algunos años atrás. Estoy seguro de que el poder de los intereses creados se exagera mucho comparado con la intrusión gradual de las ideas<sup>1</sup>.

Por cierto, no todos los economistas fueron gigantes de esta especie. Miles de ellos escribieron textos, algunos

de los cuales son monumentos de estupidez, y exploraron nimiedades con todo el celo de eruditos medievales. Si la economía de nuestros días es poco glamurosa, si casi siempre carece del sentido de la gran aventura, a nadie se ha de acusar fuera de los propios profesionales de la materia. Los grandes economistas no se perdían en discusiones bizantinas. Su tema era el mundo en su conjunto, y describían ese mundo mediante un audaz grupo de actitudes, como la ira, la desesperación o la esperanza. La transformación de sus heréticas opiniones en sentido común, así como su caracterización del sentido común como superstición, no son nada menos que la gradual construcción de la arquitectura intelectual de gran parte de la vida contemporánea.

Apenas es posible imaginar un grupo más extraño de hombres aparentemente tan poco destinados a modificar de manera radical el mundo.

Entre ellos ha habido un filósofo y un loco, un sacerdote y un corredor de Bolsa, un revolucionario y un noble, un esteta, un escéptico y un vagabundo. Eran de todas las nacionalidades, de todos los estilos de vida, de todo tipo de temperamento. Unos eran brillantes; otros, aburridos. Unos eran obsequiosos; otros, insoportables. Al menos tres se hicieron ricos, pero otros tantos no fueron capaces de dominar ni siquiera la economía elemental de sus finanzas personales. Dos fueron eminentes hombres de negocios, uno nunca llegó a mucho más que a viajante de comercio, y otro dilapidó su fortuna.

Tan variados como sus fortunas fueron sus puntos de vista respecto del mundo. Nunca ha habido un grupo de pensadores tan combativos como ellos. Uno fue un



defensor de por vida de los derechos de las mujeres; otro insistió en que las mujeres eran probadamente inferiores a los hombres. Uno sostenía que los *gentlemen* no eran más que bárbaros disfrazados, mientras que otro calificaba de salvajes justamente a los que no eran *gentlemen*. Uno de ellos –riquísimo, por cierto– instaba a la abolición de los ricos; otro –pobre, sin duda– desaprobaba la caridad. Algunos afirmaban que, pese a todas sus deficiencias, este mundo era el mejor de los mundos posibles; otros dedicaron la vida a demostrar que no lo era.

Todos escribieron libros, pero nunca se ha visto una biblioteca más heterogénea. Unos escribieron *best sellers* que llegaron a las chozas de barro de Asia; otros, en cambio, tuvieron que pagar para publicar sus abstrusas obras, y sus lectores nunca trascendieron los círculos más restringidos. Un corto número escribió en un lenguaje que aceleró el pulso a millones de lectores; otros, no menos importantes para el mundo, escribieron una prosa que ofusca el cerebro.

Por tanto, lo que une a estos individuos no es su personalidad, ni su carrera, ni sus prejuicios, ni siquiera sus ideas. Lo que tuvieron en común fue la curiosidad. A todos les fascinaba el mundo que los rodeaba, su complejidad y su aparente desorden, así como la crueldad que con frecuencia se disfrazaba de una mojigatería de cuyo éxito, y con la misma frecuencia, no se tenía conciencia. A todos les interesaba profundamente el comportamiento del prójimo, primero cuando creaba riqueza y después cuando maltrataba a su vecino con tal de obtener algún beneficio.

De aquí que se los pueda calificar de filósofos «terrenales», pues trataban de abarcar en un programa de filosofía la más terrenal de las actividades del hombre: su impulso a la riqueza. Tal vez no sea el tipo más elegante de filosofía, pero no hay ningún otro que sea más inquietante ni más importante. ¿A quién se le hubiera ocurrido buscar orden y diseño en una familia indigente y en un especulador desesperado ante la perspectiva de su ruina, o ver leyes y principios consistentes en la marcha de una multitud por la calle y en la sonrisa de un tendero a sus clientes? Sin embargo, los grandes economistas confiaban en que era posible tejer en un único tapiz esos hilos sin aparente relación entre sí, confiaban en que, si se tomaba la distancia suficiente, se podía ver este agitado mundo como una progresión ordenada y descubrir armonía en la confusión.

Un vasto orden basado en la fe, sin duda, pero que, asombrosamente, resultó estar justificado. Una vez que los economistas hubieron desplegado sus modelos ante los ojos de sus respectivas generaciones, el pobre y el especulador, el tendero y la multitud dejaron de ser actores incompatibles entre sí a los que se había situado inexplicablemente en un mismo escenario, y se entendió que cada uno desempeñaba su papel, feliz o no, y que ese papel era esencial para el desarrollo del drama humano. Cuando los economistas lo hubieron hecho, lo que no había sido más que un mundo rutinario o caótico se convirtió en una sociedad ordenada con una historia vital de significado propio.

Es esta búsqueda del orden y del sentido de la historia social lo que anida en el corazón de la economía. Por eso

es el tema central de este libro. En él no nos proponemos un recorrido académico de los principios, sino un viaje por las ideas que han dado forma a la historia. En el camino no encontraremos solamente pedagogos, sino muchos indigentes, muchos especuladores, ya triunfantes, ya arruinados, muchas multitudes, incluso un tendero aquí y allí. Retrocederemos para redescubrir las raíces de nuestra propia sociedad en el maremágnun de pautas sociales que los grandes economistas distinguieron, y al hacerlo conoceremos también a esos mismos economistas como individuos, no simplemente por lo pintorescas que a menudo resultaban sus personalidades, sino porque sus ideas llevaban el sello de sus creadores.

Sería conveniente que empezáramos directamente con el primero de los grandes economistas: Adam Smith. Pero Adam Smith vivió en la época de la Revolución norteamericana, y hemos de señalar aquí el hecho asombroso de que en seis mil años de historia documentada no haya habido ningún filósofo *terrenal* que dominara la escena. No deja de ser extraño que el hombre haya luchado con el problema económico desde mucho antes de los faraones y que durante esos siglos haya producido un gran número de filósofos, científicos, pensadores políticos e historiadores, artistas al por mayor, estadistas por docenas y, sin embargo, no haya habido ningún economista. ¿Por qué?

Responder a esta pregunta nos llevará un capítulo. Hasta no haber demostrado la naturaleza de un mundo anterior y mucho más prolongado que el nuestro, un mundo en el que un economista no sólo era innecesario, sino incluso imposible, no podremos construir el escena-

rio en el que los grandes economistas encuentran su lugar. Nuestro interés principal se centrará en un puñado de hombres que vivieron en los tres últimos siglos. Sin embargo, antes hemos de comprender el mundo que precedió a su aparición y para eso debemos observar que el mundo anterior dio nacimiento a la Edad Moderna –la de los economistas– en medio de la turbulencia y la agonía de una gran revolución.

## 2. La revolución económica

Desde que bajó de los árboles, el hombre ha afrontado el problema de la supervivencia, no como individuo, sino como miembro de un grupo social. Su existencia continuada es la demostración de que ha conseguido resolver el problema, pero la existencia continuada de la necesidad y la miseria, incluso en las naciones más ricas, es asimismo una prueba de que la solución, en el mejor de los casos, ha sido sólo parcial.

Sin embargo, no hay que censurar con demasiada severidad al hombre por no haber logrado construir un paraíso en la tierra. Es difícil extraer la subsistencia de la superficie de este planeta. La imaginación se extravía cuando pensamos en los interminables esfuerzos que han de haberse invertido en la primera domesticación de animales, el descubrimiento de la siembra de semillas y el primer laboreo de los minerales de superficie. Que el hombre haya conseguido perpetuarse se debe exclusiva-